

2 MONSEÑOR MANUEL JOSE SIERRA⁺

* Alfredo Naranjo Villegas

RESUMEN

Se hace la presentación del doctor Manuel José Sierra como Rector de la Universidad de Antioquia. Se señalan sus grandes dotes de organizador, que le merecieron el título de "Segundo Fundador de la Universidad de Antioquia". Y cómo, cuando años después es llamado a organizar una nueva Universidad, la Católica Bolivariana, despliega la misma energía, la misma actividad, las mismas dotes de mando a la par que de comprensión con los estudiantes. Murió siendo Rector, cuando la Universidad que él puso a marchar era ya reconocida por la calidad del profesorado y la brillantez de sus primeras promociones.

Palabras claves: Manuel José Sierra, Rector de la Universidad de Antioquia, Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana.

SUMMARY

A presentation of Dr. Manuel Jose Sierra as Rector of University of Antioquia is made. Some of his most outstanding personal gifts are signaled especially that of being a great organizer which deserved him the title of "Second Founder of the University of Antioquia". In the same way when he later was asked to organize the new Catholic Bolivarian University he demonstrated the same energetic activity and leadership going parallel with his humane capacity to relate with the students. He died when he was the first Rector of this new University that he started and impuled and that was very early recognized for the top quality of its teaching body and the brilliancy of its first graduate promotions.

Key words: Manuel José Sierra, Rector of the University of Antioquia, Rector of the Catholic Bolivarian University.

+ Trabajo presentado en la Academia Antioqueña de Historia el 5 de febrero de 1985.

* Exprofesor de Cardiología de la U. de A. Expresidente de la Academia de Médicos de Medellín. Miembro fundador de la Sociedad Antioqueña de Cardiólogos y de la Sociedad Antioqueña de Historia de la Medicina.

Ya era conocido el doctor Manuel José Sierra como profesor de Teología en el Seminario de Medellín y como profesor, también, de Filosofía del Derecho en la Universidad de Antioquia. En los círculos intelectuales de la capital antioqueña, especialmente en los medios estudiantiles, era ya familiar la figura del sacerdote ordenado en Roma y especializado en la entonces más prestigiosa Universidad Católica de Europa. Y a las dotes intelectuales del levita, que ya se había granjeado un sólido prestigio de expositor, se agregaban otras ocupaciones que delataban lo que fue distintivo característico de su personalidad; el afán de servir a los humildes. El nombre del padre Manuel José Sierra figura entre los más asiduos asistentes a las reuniones de la recién fundada Cruz Roja de Antioquia, hacia 1926.

Preside los destinos del departamento el general Pedro José Berrío. Corre por sus venas sangre de prócer, y en su personalidad revive la estampa civil y vigorosa de Pedro Justo Berrío, el mismo que completara un día lo que para entonces hacía falta a la Universidad de Antioquia. No sé qué voces secretas discurrirían por los cauces de la historia, pero el hecho es que en el hijo responde la llamada a salvar la Universidad. Es un golpe de suerte la sugerencia que el gobernador recibe de su Director de Instrucción Pública, don Tomás Cadavid Restrepo. Manuel José Sierra, el ideólogo, accede a la rectoría de la Universidad. Ha llegado el hombre de acción. Se dice que no los hay necesarios, pero seguramente sin el doctor Sierra, la Universidad de Antioquia hubiera languidecido medlocremente convertida en un simple plantel de enseñanza secundaria, en nada diferente a un pomposo colegio de pueblo.

Como todo organizador, reconoce primero el terreno en que va actuar, capta con su mirada de aguja una a una las deficiencias y los obstáculos que encontrará en su labor, mide la calidad del personal con que cuenta, estudia y diseña y suprime y adiciona cuanto hay en los reglamentos. Advierte que la rectoría tiene un simple carácter de dirección de filosofía y letras; la despoja de nimie-

dades que le impiden ocuparse de menesteres de mayor alcance y significación, y suprime la prefectura de estudios para sustituirla por algo más operante y de mayor proyección. Encontrando que el Consejo Directivo de la Universidad tiene apenas el carácter de un Consejo Escolar, lo estructura como lo que debe ser, respetando en cambio, por encontrar que funcionan con regularidad y acierto los de Derecho y Medicina. Se muestra decidido partidario de que los estudiantes tengan representación en los consejos de las Facultades, con la única condición de que el alumno que lleve esa representación esté cursando el último año del respectivo programa. La sabiduría de esta disposición se ilumina a la luz de lo que ocurre en los menguados tiempos actuales.

Al completar el primer año de labores al frente de la rectoría rinde su informe al Director Departamental de Instrucción Pública, en un documento rico en enseñanzas, fértiles por lo que contiene como acumulación de experiencia, y clave para el juicio de la personalidad del extraordinario Rector. En aras de la brevedad, omito lo referente al número y a la calidad de profesores de que está necesitada la Universidad. Reclama para ésta mayor holgura económica y aumento, en consecuencia, del presupuesto de rentas. Muestra cómo la instalación de la Escuela de Ciencias de la Educación y del Laboratorio de Psicología Experimental demandan cuantiosos gastos, y señala cómo en su concepto el Liceo y la Escuela de Filosofía y Letras no pasan de ser unos malos colegios. Ya veremos lo que estas secciones eran al final de su rectorado.

Pero no sobra citar algunos párrafos del mencionado informe al señor Director de Instrucción Pública: "Profesor bien preparado - dicen-, no es sólo el que sabe, el que es hombre de ciencia; debe saber comunicarla con interés, calor y vida ... Cuando un profesor, además de la vigilancia, tiene a su cargo la enseñanza, sobre todo de diversas asignaturas, gasta más energías de las acumuladas y no dispone de tiempo para prepararse y adelantar. La ciencia no es infusa,

se adquiere, y es el estudio constante el llamado a formar profesores y alumnos. Sin preparación previa para la clase, ni se es buen profesor, ni se forman buenos alumnos, precisamente porque no se les puede desarrollar intelectualmente".

Véase este párrafo que tiene plena vigencia hoy, cuando condena el pénsium de estudios de entonces, por demasiado recargado, y propugna la mejora de la calidad, así vaya en detrimento de la cantidad: "Si las bases, dice, no son sólidas y hondas, la sociedad no verá hombres de ciencia sino charlatanes, espíritus de relumbrón y pseudosabios, cargados de títulos como árboles con hojas y sin frutos, pues estudiando lo que pasa en los países en donde la enseñanza es seria, se ve que tratan de intensificar, no de extender. La extensión vendrá después con el estudio, la consulta, el esfuerzo y la observación".

Pone todo su empeño y lo logra finalmente, en que sea la Universidad la que edite su propia revista, hasta entonces irregularmente editada en la Imprenta Departamental, así sea más espaciada pero con periodicidad fija. Igualmente pone a funcionar la Escuela de Ciencias de la Educación, dota de local propio la Escuela de Derecho y se inicia bajo su rectorado la construcción de los primeros pabellones para la Facultad de Medicina. Organiza el internado, lo divide en dos secciones de acuerdo con la edad de los alumnos, y establece un sistema de préstamos para facilitar a los internos el dinero necesario para sus gastos, mediante avances que han de ser cubiertos luego por sus acudientes. No descuida, por supuesto, los deportes como complemento de salud y educación de las mentes juveniles, y dota el internado de juegos de billar, ajedrez, dominó. No tuvo éxito, por falta de fondos, en dotarlo de una piscina.

Inseparable de las mejoras materiales, su espíritu en combustión no cesa de insuflar la

llama así en los profesores como en los estudiantes : "La reorganización de la Universidad de Antioquia, dice en una arenga a los profesores, que hemos emprendido confiados en Dios y ayudados por el Gobierno Departamental, por la Sociedad y por los alumnos, exige una labor ardua, constante y altamente activa. Es una obra de construcción ética e intelectual. Las más poderosas fuerzas del espíritu están llamadas a cavar las bases de estos muros espirituales que deben descollar en severidad y solidez, así prácticas como profesionales".

Y luego, en esta misma arenga al profesorado, palabras de admonición y estímulo, que son la excelsa apología del maestro: "Vos, señor profesor, sois una entidad tan vallosa que es decisiva para la empresa acometida. El mejor organismo sin elemento adecuado se arruina, y una vez perdido no hay humanamente quién lo restablezca ... Es preciso que la enseñanza preparada previamente venga acompañada de entusiasmo que arrebate, de calor que encienda el fuego sagrado de la ciencia y de vida que aliente y vigorice. En la hora de clase debe verificarse el milagro del anonadamiento y de la elevación. No olvidéis que la exactitud en la hora señalada para vuestra clase es esencial para la disciplina, sin la cual ni los estudios ni el establecimiento pueden mejorar".

Y agregaba: "Conferencias claras, comprensivas y sencillas, en que el estilo no robe a la doctrina, ni ésta aparezca sin el cortejo de los hechos vividos, de los ejemplos palpitantes y de gráficos que atraigan la fuerza del alma y la inciten a orar ante la verdad, para verse luego recompensada con la luz. Es que estas herencias intelectuales forman pueblos grandes y naciones poderosas".

El hombre de pensamiento está doblado del de acción, en forma tan excepcional como no se ha repetido en nuestra historia. Unos datos escuetos dan idea aproximada de lo que fue la obra de este extraordinario forja-

dor de universidades. Cuando se hizo cargo de la Rectoría de la Universidad de Antioquia, el Liceo de Bachillerato contaba con 480 alumnos y 23 profesores. La Escuela de Derecho con 61 estudiantes y 153 la de Medicina. Dos años después de asumir Sierra el Rectorado, en 1929, se matricula un total de 1291 estudiantes, y el Liceo cuenta ya con 40 profesores. En 1930, es decir en plena crisis mundial, se matriculan 701 alumnos en el Liceo, 134 en Medicina, 62 en Derecho, 173 en Filosofía y Letras y 82 en Comercio. Las diversas secciones de la Universidad cuentan ahora con un total de 120 profesores l

He mencionado la crisis fiscal de aquellos años, originada en Wall Street en octubre del año 29. Y dentro de aquella penuria se desarrolla con singular éxito la acción del doctor Sierra. Refiriéndose al profesorado, escribió a fines de 1930: "Todos cumplieron su deber con eficiencia, celo y desinterés patriótico, con la puntualidad acostumbrada y con sujeción al reglamento de cada Facultad, aún cuando por el momento no se podía atender al pago de sueldo. En la Escuela de Medicina no se pagó al profesorado ni un solo mes en el año lectivo; en la de Derecho apenas unos dos meses; en el Liceo y Escuela de Filosofía y Letras se pagó durante todo el año a los profesores Internos y a otros muy necesitados un porcentaje que se dedujo de los derechos de matrícula, de exámenes, de cortos empréstitos y de las subvenciones nacionales pagadas hasta mayo. A pesar de todo, el profesorado perseveró firmemente hasta el fin". Hasta acá el doctor Sierra. Lo que se caiga es que del propio bolsillo del Rector salían esos "cortos empréstitos" nunca cancelados. Lo que importa señalar y señalarlo como se debe para que haya una neta y rotunda delimitación entre dos épocas diametralmente opuestas, es que aquellos viejos maestros construían la patria sin pasarle cuenta de cobro. Que el dato pese para lanzarlo en la balanza. Es que hay demasiado teatro en los tiempos que corren: Por aquellos días ni el oculo era remunerado, ni el estado pagaba a quienes buscaban destruirlo l

No pretendo ahondar por ahora en los orígenes y desarrollo de lo que fue el choque entre dos personalidades de selección como fueron la del doctor Sierra y la del decano de Derecho, doctor Pedro Pablo Betancur. Es hasta muy posible que la Justicia estuviera de parte del último. Ni soy yo quien vaya a decidir si tuvo o no razón el Consejo Directivo en llevar a la Asamblea Departamental a dirimir el conflicto. No sé por qué razón el Rector excedió los límites del ataque, él, que siempre fue magnánimo precisamente porque era un hombre fuerte. Y no descartó la posibilidad de que, como ocurrió pocos años después con otro eminente jerarca de la Iglesia, se lo hubiera utilizado aviesamente como instrumento de ocultas fuerzas políticas. Del infortunado debate ante la asamblea, quedó en limpio que el doctor Betancur, contendor de Sierra, en ningún momento atacó a este ni como Rector, ni como sacerdote, ni como hombre. Yo he podido callar este episodio. Pero no lo hago deliberadamente, por razones que más adelante veremos cuando en un momento solemne, monseñor Sierra exprima su dolor y su desengaño.

Estamos ya en las postrimerías del rectorado, que contó con el total respaldo de dos gobernantes que fueron honra y orgullo de Antioquia: Pedro Justo Berrío y Camilo C. Restrepo. Se daban ya los primeros pasos destinados a cambiar el rumbo educacional. Por el momento, el rescoldo de un anticlericalismo pasado de moda corría por cuenta de una muchachada inexperta. Todavía en las alturas del poder el afán era el de consolidar la victoria y no remover viejos conflictos con la Iglesia Católica. Pero no se contenían los subalternos. Y a una Universidad pobre, mantenida a flote por la Incontrastable personalidad del rector, se le disminuían aún más sus exiguos recursos. Quien quiera objetivar qué fue la obra del Rector, haga inventario de llegada y crucele con el de salida. La Universidad de Antioquia llegó a ser, con el solo esfuerzo de los antioqueños, una de las más respetadas parcelas de la patria. Símbolo de Antioquia, síntesis de nuestro poderío espiritual, en Manuel José Sierra, cifra y

compendio del genio antioqueño, Antioquia se sintió por todos los ámbitos del país con un inocultable aire de imperial grandeza.

Y quien ha cumplido semejante tarea. Quien ha realizado la hazaña de reconstruir y ampliar y aumentar el número de facultades de la Universidad, quien nos restituyó el orgullo intelectual y nos influyó nuevo espíritu de lucha, regresa a la intimidad de un hogar sin que se manifieste aún en su rostro de bronce ningún surco de fatiga. De su retiro lo arranca el mandato del prelado. Manuel José Sierra, la personalidad más fuerte de aquellos días, caudillo por definición, realizador de imposibles, insuperable conductor y modelador de juventudes, Manuel José Sierra, digo, obedece porque está enseñado a mandar. Asume, además de sus deberes de párroco, la dirección del Colegio de Sonsón. Lleva a acompañarlo a ese núcleo injustamente olvidado, muchos profesores de los que con él dieron gloria a la Universidad de Antioquia. El Colegio adquiere pronto nombradía de honor, porque todo lo que Sierra toca se impregna de grandeza. Fue la época más brillante del establecimiento. Hay plumas más autorizadas que la mía (y la del padre Juan Botero Restrepo entre las más verídicas y rotundas) para decir lo que fue la obra del doctor Sierra al frente de la parroquia y en la dirección del Colegio de Sonsón. Hizo de él una Universidad en miniatura.

Todo lo abarcaba este hombre que vivía en permanente combustión espiritual. Desde la manera de asegurar sus exiguos ahorros a los campesinos que dejaban su jornal el día de mercado en las cantinas y en los lupanares, hasta la manera de dotar de una modesta vivienda a los más necesitados. Fue abandonado, ólgase bien, de la sindicalización de los trabajadores, entendida esa sindicalización como defensa, de ellos mismos, no como manera de destruir lo poco que se iba creando. Ni le fueron ajenos, tampoco, los trabajos y las privaciones de sus sacerdotes para

tratar de medio sobrellevar la carga de vejez y de pobreza que acompaña, así lo niegue un anticlericalismo ignorante, a la inmensa mayoría del clero, a la hora de su retiro.

A fines de 1933 ocurrió dentro del Colegio un hecho que vale la pena mencionar por sus implicaciones que, me atrevo a pensar, afectó duramente al doctor Sierra. Mientras la Comunidad asistía a la misa dominical, un alumno que se retrasó y que se dirigía al plantel a esperar la llegada de los compañeros para incorporarse a filas, sintió ruidos en la dirección. Probablemente fue a averiguar la causa, y alguien, que lo esperaba, le asestó un tremendo garrotazo en la nuca y luego lo 'descosió' a puñaladas. Ustedes podrán medir el pavor, la angustia, la desolación que nos invadió a la vista del cadáver de nuestro compañero anegado en sangre. Piénsese que en aquellos tiempos había respeto por la vida humana. Piensen que lo que hoy es noticia de interior de página, en aquel tiempo era un clamor general de la opinión pública por el castigo del responsable. El asesinato no era, jamás, pasaporte para entronización del asesino como héroe, ni mucho menos abría puertas vedadas a quienes no fueran gentes de bien.

Vinieron las averiguaciones. Se lanzaron sospechas. Se trató de desviar la investigación acusando a un alumno foráneo. El doctor Sierra renunció a la dirección del Colegio y encargó de ella a uno de los coadjutores. Lo doloroso del caso es que ante los tribunales de justicia se enfrentaron dos eminentísimos sacerdotes: el doctor Sierra y el padre poeta Roberto Jaramillo Arango. Ciertamente, no se cometió un error judicial condenando a quien sobrellevaba toda la carga indiciaria de la autoría del crimen. Y digo error judicial, porque muchos años después, muchos inclusive después de la muerte de monseñor Sierra, un zapatero declaró 'in artículo mortis', en Pereira, que él había sido el autor de la muerte del estudiante en el Colegio de

Sonsón.

Yo sé que he podido callar también esta página trágica. Pero no lo hago deliberadamente, porque dan claves posibles para el fondo de una expresión de amargura, de una confesión de dolor. Ya llegaremos allí

Con el ascenso al poder del doctor Alfonso López Pumarejo recorrió todo el ámbito nacional un aire de reforma que parecía que iba a arrasarlo todo. Como es habitual en las luchas políticas, hay los ideólogos de visión futurista y de gran sentido de la responsabilidad. Y hay los desbordados que sólo conciben la revolución como la catástrofe colectiva, como la necesidad de no dejar piedra sobre piedra. Es por eso por lo que la sabiduría pide moderación en el lenguaje de los que gobiernan, ya que una palabra imprudente, un gesto de ira, un puño cerrado, es traducido por la multitud en actos violentos. Y por otro lado, volviendo al caso de López Pumarejo, el desarrollo de los acontecimientos llevó a un enfrentamiento decisivo del gobierno con la oposición.

Pues bien, mientras en las alturas del poder se daban consignas demagógicas dosificadas, con la dosis apenas suficiente para mantener el entusiasmo, en la intimidad se procedía con cautela. Las reformas se discutían, se limaban asperezas, se les trazaba un límite más allá del cual no debían pasar. Digamos con honradez que hubo muchas que eran de imperiosa necesidad. Pero donde el presidente decía revolución en marcha, el demagogo predicaba destrucción total. Donde se hablaba de reforma universitaria, los desbordados ímpetus juveniles, las tristes tropas de asalto de los aprovechadores, profanaban los crucifijos. Se daba ya por hecho la implantación del divorcio y la demolición total de la Constitución del 86.

Hubiera o no exageración en el ataque y en la defensa, un hecho era evidente en el año 36. Todavía los partidos eran respetables, muy lejos de lo que semejan hoy: bandas de asalto a los tesoros públicos. Y funcionaban los mecanismos de defensa. Muy distantes

estábamos de ser esta cobarde comunidad de corderos resignados ya a dejarse arrollar por el hampa. Había ideales de parte y parte. Y la lucha se justificaba. En la Universidad de Antioquia, específicamente en su Escuela de Derecho, se originó el movimiento de resistencia por parte de un fuerte grupo de profesores y de 72 alumnos que se jugaron el todo por el todo pidiendo la cancelación de sus matrículas.

Entretanto, con pasos cautelosos, con suma prudencia, se adelantaban conversaciones tendientes a fundar una nueva Universidad. Alma y dirección prudente fue monseñor Salazar y Herrera. Pero hay que decirlo para exaltación y honor de aquellos profesores y de aquella muchachada que jamás, en lo más candente de la batalla, hubo una palabra de desdén por el Alma Mater. No hubo un muro mancillado, no se rayó un pupitre, menos, muchísimo menos, se pretendió quemar un archivo. Era el respeto a la historia, era la presentación de armas a los antepasados, era el homenaje supremo a la Madre Universidad. Y como corolario, aquella juventud que pretendía fundar una nueva, quiso que desde un comienzo sus puertas estuvieran abiertas a todos los credos políticos. No era esto, señores, el fruto de una siembra? No era esta una generación digna del Rector que tuvo la Universidad de Antioquia?

Refugiado en la Iglesia de la Veracruz, cuya parroquia presidía desde su regreso de Sonsón, monseñor Sierra adoctrinaba y seguía ejemplarizando con su inagotable capacidad de trabajo, sus dotes de organización, su profusión de iniciativas. Descansaba cambiando de afanes. Afuera se agitaba el mundo universitario. Profesores y estudiantes, los que se habían lanzado a la aventura, todos clamaban por un conductor y en todas las mentes y en todos los labios afloró un sólo nombre: el de Manuel José Sierra. El 15 de septiembre del 36 se le nombra Rector de la Universidad Católica Bolivariana, que así se ha decidido denominar la nueva fundación. La respuesta al prelado traduce un sabor de recóndita amargura, de no se qué

Inexpresado desengaño, desprovista, eso sí, de fatiga de la brega cotidiana: "Desde el sábado en que recibí el decreto y nombramiento de Rector de la Universidad Católica Bolivariana, fechado el 15 de los corrientes, vengo hondamente preocupado; pues si es singular el acierto y especial la sabiduría de S. E. en la creación de la entidad que reclaman urgentemente las necesidades actuales, también es visible la desproporción entre la magnitud de la obra y el agente escogido".

"Tan trascendental y comprometedor es la empresa, que juega la eficacia docente de la Iglesia en este rincón del mundo; su triunfo -no puede pensarse en otra cosa- es brillantez y esplendor magníficos con que debe imponerse una vez más. La derrota -si quiera imaginada- horripila. Al frente debe ir una mentalidad fresca, robusta, vigorosa y fuerte. A mí me da miedo".

"Son muchos los factores de fracaso: la incompreensión de los más católicos que el Papa y de los más celosos santos, la competencia pedagógica que creen tener todos para juzgar en estas materias y especialmente la ligereza, la escrupulosidad y la ruindad barnizada de celo de algunos miembros de la familia de Aarón con ojos de lince para adivinar defectos y defecciones los cuales en llegando al Prelado con dardos envenenados y estancamiento del movimiento y parálisis del organismo ..."

"Por todas estas razones y por muchas otras que podría exponer verbalmente, las cuales me recuerdan un pasado doloroso que me espanta, pido a S.E. respetuosamente prescindir de mi nombre, en la seguridad de que ayudaré eficazmente, pero sin la responsabilidad del cargo".

Enterados los estudiantes fundadores de la respuestas de monseñor Sierra se dirigen al Prelado pidiéndole que bajo mandato de obediencia se imponga al doctor Sierra; es

una carta que demuestra cuanto el estudiantado siente por el jefe ya consagrado, y donde sin tapujos, sin eufemismos, con la más categórica de las afirmaciones señala a Manuel José Sierra como el único conductor capaz en aquellos momentos de sacar adelante la nueva fundación. No era Sierra un político, era un hombre cabal desde la coronilla hasta los talones. Rotundo, afirmativo, sin dobleces, la carta que escribió al Prelado, rechazando su nombramiento no era, pues, una maniobra de buscador de plebiscitos. Por ello mismo, el que tan unánimemente despertó su negativa, seguramente que lo sorprendió. Pero le compensó de quién sabe cuántas decepciones. Con toda razón debió advertir en el fervor de los estudiantes que su nombre era bandera de lucha, clarín de victoria. Y se doblegó para constituirse en piedra angular de la nueva fundación.

Días después acepta, pues, el cargo. Se dirige al sencillito local que en el barrio Guayaquil sirve de oficina y sala de clases a los fundadores, y delante de profesores y alumnos, en frases cortas como acostumbra hacerlo los que construyen, exclama: "Hoy me pongo al frente de esta Universidad y os convoco a todos a tomar estatura heroica para que aquí vengan las generaciones colombianas a beber la savia de la cultura. Yo respondo con mi vida que esta Universidad será nombrada con orgullo por todos los colombianos y que vosotros seréis la piedra inicial para la portentosa fábrica".

Se inicia entonces la gran batalla, que ha de librarse en todos los frentes: el económico, el jurídico, el de consecución de locales, el de fundación de facultades, desde bachillerato hasta carreras profesionales, el de constituir becas para estudiantes pobres... Gonzalo Restrepo Jaramillo y Guillermo Jaramillo Barrientos lo asesoran eficazmente en la elaboración del proyecto de estatutos y constituciones. Se mueve de una parte a otra, se traslada con frecuencia a Bogotá donde Es-

teban Jaramillo, el mago de las finanzas y asesor de todos los gobiernos hasta el de Olaya Herrera, da fórmulas salvadoras para la nueva Universidad. Es una lucha agotadora, pues ha de sacar de la nada una Universidad en que ha empeñado su vida.

Antes que nadie don Alejandro Angel y monseñor Salazar y Herrera se distinguen por su generosidad. Pero no basta ella para llenar las necesidades de espacio. La resistencia viene de donde menos se esperaba. El Capítulo Metropolitano niega al Arzobispo acceder a la petición de la Junta Económica de la Bolivariana para vender o hipotecar los terrenos que la Arquidiócesis posee en el sector de la catedral y el seminario. Es entonces cuando el Rector dirige al Prelado una comunicación en la que plantea la esencia del problema, con su estilo directo, autoritario, sabio, implacable: "No serán estos los tiempos en que los católicos deben recibir de su propia Madre una inyección de generosidad? ... No queremos ni debemos juzgar sobre lo que podrían pensar los católicos en el caso de ver turbas de niños y conglomerados de jóvenes privados de una sana y sólida formación religiosa, moral e intelectual por carecer de locales adecuados y de maestros competentes, mientras su Madre y Maestra, que sí los posee, clamorea ante los católicos, pero sin desprenderse de ellos porque espera que el tiempo los valore. Los niños piden pan: oficialmente lo dan envenenado. Deberán perecer? Cuando los antioqueños y los colombianos sean descatolizados por la pervertida labor oficial de las escuelas, colegios y universidades, cuál será la obra de la Iglesia, cuáles sus escuelas, colegios y universidades, cuáles sus empresas? Entonces sus medios de subsistencia tendrían que emplearse en una labor de siembra, porque se permitió al enemigo destruir la cosecha" "Acatamos los conceptos del venerable Capítulo Metropolitano, pero no es culpa nuestra el desconcierto y la frialdad que sentimos, hasta el punto de creer que no podemos comunicar a la Junta de Financiación lo ocurrido, temerosos de que a ella sobrevenga igual desaliento y no sabemos cuántas cosas más".

"Rogamos a V.E.R. se sirva perdonarnos toda palabra menos comedida que se nos haya escapado y todo concepto que no esté ajustado a las normas católicas". Ahí, en esa carta, por si no abundaran los documentos que lo retrataran, está Manuel José Sierra de cuerpo entero. Ahí está el caudillo. Ahí está, señores, la razón para que quienes lo conocimos lo hubiéramos admirado y seguido. Es que Manuel José Sierra era todo un Hombre con todo lo que implica el vocablo I

Me extendería demasiado si entrara en el detalle de cuanta medida tomó, de cuanto hizo por los estudiantes, de las becas creadas por él y por él costeadas para que no interrumpieran sus estudios los que no podían sostenerse. Pero no puedo prescindir, porque lo considero de elemental respeto a la verdad histórica, hacer un comentario a lo que entretanto ocurría en las esferas oficiales.

Es claro que la batalla librada en todos los frentes, no era menos intensa en el jurídico. Y es clarísimo que se adelantó con ejemplar tino, con suma prudencia, sin inútiles agravios, con inmenso respeto, ya lo dije, por la Universidad matriz, la de Antioquia y eludiendo todo lo que pudiera interferir las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Y como a todo señor todo honor, hay que declarar que hubo una perfecta correspondencia de parte del alto Gobierno. Es así como en Abril de 1937, el Diario Oficial publica el reconocimiento de la Personería Jurídica a la Universidad Católica Bolivariana, en resolución ejecutiva que lleva las firmas del presidente Alfonso López Pumarejo y de Darío Echandía, como ministro de gobierno. Ya para 1938, el entonces ministro de Educación, Doctor Alfonso Araújo, comunica a la Universidad que han sido aprobados sus reglamentos y reconocidos los títulos que ella expida en sus diversas escuelas profesionales. Seamos, pues, verídicos, como corresponde a miembros de una Academia de Historia. Porque una cosa es lo que turbas ignaras y demagogos irresponsables gritan en la embriaguez del aguardiente en una tribuna de barriada y otra lo que fríamente, con cálculo de esta-

dista, es determinación de gobiernos presididos por hombres que tienen sentido de la responsabilidad. A comienzos de 1941 era invitado monseñor Sierra a asistir a una reunión de rectores, precisamente por el doctor Jorge Eliécer Gaitán como Ministro de Educación del presidente Eduardo Santos. Pero ya el Rector, sin saberlo, tenía cita con la muerte. La afrontó sin temor, sin amargura, valientemente, como correspondía al caudillo que fue.

Cuando se marchó, dejaba consolidada la Universidad. Otros dirán el número de alumnos y de Facultades. Agregarán cómo, venciendo miles de dificultades, al año de fundada ya editaba su propia revista. En fin, que apenas empieza a hacerse justicia a quien, combativo y combatido, fué sin lugar a dudas uno de los más grandes hombres que Antioquia ha producido. Le faltó escenario, en un país que es esencialmente contratista hasta para la grandeza.

En el caso de Sierra fué lo menos lugareño que se pueda concebir. Todo en él trascendía universalidad. No era vanidoso, ni mucho menos megalómano. Pero tenía conciencia de su personalidad. Y como se

sabía superior se rodeaba de gentes superiores. Le repugnaba el adulator y lo eludía con aspereza. Y sin embargo, este hombre que electrizaba con su presencia, que paralizaba con su mirada, que se hacía obedecer con un simple ademán, era accesible al apunte ingenioso que celebraba con amplia y sonora carcajada. Lo temíamos todos, lo admirábamos todos, lo queríamos todos. Psicólogo profundo, sabía discernir entre la travesura y la perversidad. Adivinaba el drama íntimo del estudiante y era el hombre más comprensivo para ayudar al caído. Recuerdo de alguien que, desoyendo los consejos del Rector, renunció a seguir perteneciendo a la Universidad; años después, me contaba su padre, el día en que el alumno abandonó el claustro, recibió una llamada del Rector: "Si quiere que su hijo se salve, no le diga una palabra de lo ocurrido esta tarde. Si quiere perderlo, castíguelo!" Ese era Sierra! El que aparentemente era el más severo de los jueces, era el más indulgente de los pedagogos. Nos exigía sin tregua, nos espoleaba sin piedad, pero es que él mismo no se daba tregua ni se concedía pausas en el trabajo. Tenía autoridad para mandar y para exigir.